

3

GRAN TEATRO
DEL
LICEO

PROGRAMA
OFICIAL

DIRECCIÓN ARTÍSTICA EMPRESA AÑO XXVI-XXVII
JUAN MESTRES CALVET

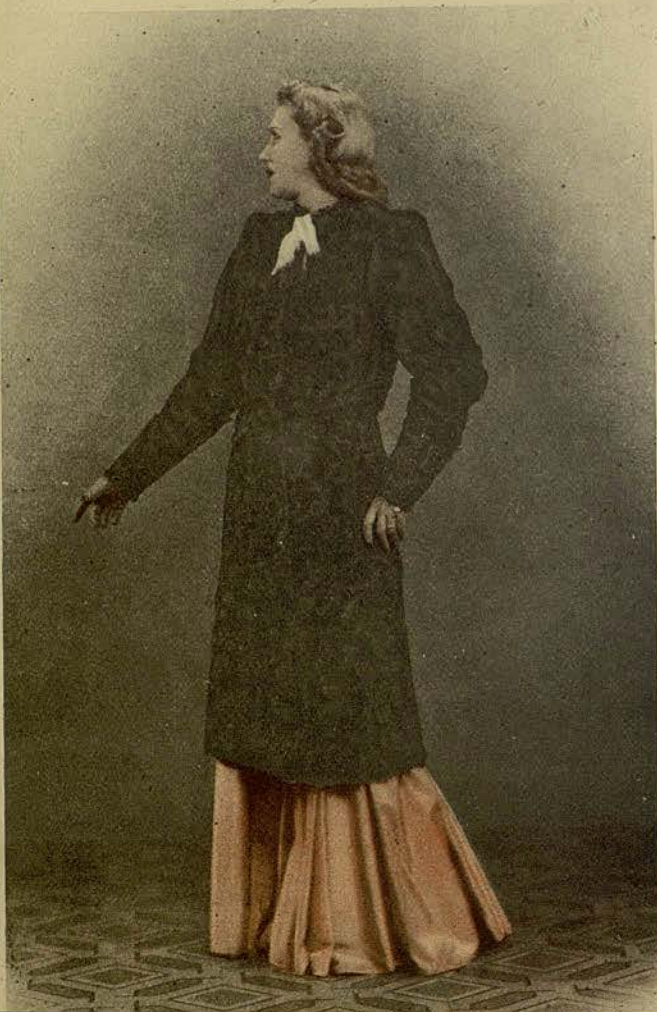
Peletería de París, S. A.

PUERTAFERRISA, 7 y 9
TELÉFONOS 17874 y 13500

PASEO DE GRACIA, 68
TELÉFONO NÚM. 82118

BARCELONA

*Presenta una creación original
para la presente temporada.*



El vestido es un modelo de «La Física»

Gran Teatro del Liceo

Dirección Artística - Empresa

Año XXV - XXVI

Juan Mestres Calvet



Sábado, 6 de Diciembre de 1941

a las 9 en punto

3.ª de Propiedad y Abono

1.ª a Sábados



Primera salida de

Iva Paccetti

Slena Nicolai - Mario Pierotti

Segunda salida de

Gr. Uff. **G. Lauri Volpi**

La ópera en 4 actos de G. Verdi

Aida



Mañana Tarde: Última representación de

Manón

por

Mafalda Favero

Giovanni Malipiero

Lunes tarde

Aida

Iva Paccetti

Slena Nicolai

Gr. Uff. **G. Lauri Volpi**

Mario Pierotti

C. Zambelli

Martes noche:

La Traviata

Mafalda Favero

Gino Fratesi - Carlo Tagliabue

Aida

Reparto:

Aida ²
Sra. Pacceti

Amneris ²
Sra. Nicolai

Radamés ²
Sr. Lauri Volpi

Ammonasro ²
Sr. Pierotti

Ramphis ²
Sr. Zambelli

El Rey ²
Sr. Rianza

Mensajero. Sr. Munain

Las Danzas Egipcias del acto 2.º, serán interpretadas por la primera pareja de baile

María de Avila-Juan Magriña
y Srtas. Monroc, Palomar y Sres. José Díaz y Jorge Comillas

Maestro Director:

Mario Cordone

Maestro del Coro:
José Anglada

Dirección Escénica:
Juan Villaviciosa

Maestra del baile:
Amalia Monroc

Opera en Cuatro Actos. Texto traducido del original francés de Camilo du Locle; por Antonio Ghislanzoni y música de José Verdi, que la escribió por encargo del Virrey de Egipto, Ismael Pasha, para conmemorar la terminación del Canal de Suez. Se estrenó en El Cairo, el 24 de diciembre de 1871.

ACTO PRIMERO

PRIMER CUADRO

La escena representa una de las salas del grandioso palacio de Menfis, en la que Ramfis, Gran Jerarca, discute con Rada-

més, soldado del reino, sobre la inminente invasión de Egipto por los Etiopes. El Sumo Sacerdote insinúa la conveniencia de que un joven guerrero se haga cargo de las fuerzas egipcias. Radamés, al quedarse solo, da rienda suelta a su fantasía y expresa la confianza de que sea él el elegido para este puesto de honor. La música es en este punto algo sombría. Radamés, al pensar en su idolatrada Aida, una joven esclava de la corte de Menfis, canta la exquisita romanza "Celeste Aida", considerada por muchos como la mejor aria de esta ópera.

Aida fué capturada en una escaramuza contra los etiopes, y entre ella y Radamés ha nacido una pasión enternecedora. Radamés, en sus reflexiones, declara que si se le confía el mando del ejército y consigue derrotar al enemigo, depositará los trofeos de guerra a los pies de su amada.

Al final de esta romanza, Amneris, hija del rey de Egipto, entra en la sala e insinúa, con gran delicadeza, que ella también ama secretamente a Radamés; pero el joven soldado habla solamente de sus esperanzas de mandar las fuerzas guerreras. Los celos comienzan a germinar en el pecho de Amneris y se intensifican más todavía cuando observa a Aida en el séquito del Rey, que entra en este momento con sus guardias. Radamés, al parecer, sólo tiene ojos para contemplar a la esclava, y Amneris, con la perspicacia de la mujer celosa, adivina los pensamientos del joven.

El Rey recibe un mensajero que le trae la noticia de que el Egipto ha sido invadido por el ejército etíope, bajo el mando del rey Amonasro, al oír este nombre, Aida exclama, aparte: "¡Mi padre!"

Los egipcios, ante esta noticia, dominados por un entusiasmo bélico, piden a gritos que el ejército parta en seguida. Todos se reúnen y con gran exaltación cantan un emocionante himno al Egipto. Aida, sobrecogida por el pensamiento de que su amonte va a mandar el ejército, une su voz a la de los demás, desarrollándose entonces una escena culminante en la que Radamés recibe solemnemente la bandera de mando.

Todos parten, excepto Aida, que al quedarse sola con sus emociones, canta la hermosa romanza "Retorna vencedor", en la cual muestra su lucha interior entre el amor de Radamés y el que siente por su patria.

SEGUNDO CUADRO

Aparece el templo de Vulcano, donde Ramfis y los sacerdotes del santuario se hallan congregados para dar la bendición, antes de su partida, a las fuerzas expedicionarias. En la parte posterior se oye un canto de alabanza al dios Ptah. Una de las sacerdotisas canta desde el fondo del escenario una melodía de estilo netamente egipcio. Entre las estrofas, los jerarcas cantan a coro, entonando armonías solemnes y profundas. La canción y el coro se repiten tres veces. Luego las sacerdotisas danzan alrededor del altar, ante el cual es conducido Radamés, durante la anterior ceremonia, con la cabeza cubierta con un velo de plata.

Ramfis inicia una plegaria, en la que, poco a poco, todos van tomando parte, destacándose sobre todas las demás, la potente voz de Radamés.

ACTO SEGUNDO

PRIMER CUADRO

Aposento de Amneris, cuyas esclavas la están adornando para celebrar el regreso de Radamés que ha vencido a los etíopes. La princesa habla con gran exaltación de su amor por el héroe que vuelve. Varias esclavas ejecutan caprichosas danzas para entretenimiento de la hija del Rey; pero ella no piensa más que en Radamés.

Aida se acerca, y al verla, Amneris se dispone a vengarse de la inocente y afligida joven. Pretende simpatizar con ella, declarando que Radamés ha sido asesinado, y de esta manera obliga a la esclava a expresar sus más íntimas emociones. La Princesa, no pudiendo, en este momento ocultar su ira, confiesa que también ella ama a Radamés y amenaza con quitar la vida a Aida. Por un momento la esclava desafía a la hija del Rey de Egipto; pero en seguida se arrepiente de ello, y pide humildemente perdón a Amneris. Esta ordena a Aida que ocupe el lugar que le corresponde como esclava en el séquito regio, y sale después seguida dócilmente por la esclava.

SEGUNDO CUADRO

Un cambio rápido de escena lleva al espectador a la entrada de la ciudad de Trebas. El Rey y su corte se han reunido para rendir homenaje al vencedor y su ejército. Las tropas egipcias entran, precedidas de los trompeteros y seguidas de carrozas, banderas, estatuas de dioses y tesoros conquistados al enemigo.

Por fin Radamés es conducido en un trono, sostenido por varios esclavos.

La música de esta escena es probablemente lo más conocida de toda la ópera, pues contiene la famosa "Marcha triunfal", en la que se usan trompetas hechas a imitación de las que se ven en estatuas y frisos alegóricos egipcios.

A continuación tiene lugar una danza marcadamente oriental, a la que sigue un resonante coro de bienvenida. Al entrar Radamés, el Rey desciende de su trono y se adelanta a abrazarlo. Un grupo de prisioneros etíopes es conducido a la escena y Aida reconoce entre ellos a su padre. Haciendo una seña a su hija para que no revele su rango. Amonasro apela a los sentimientos nobles del Rey de Egipto. Olvidándose de sí mismo, el monarca etíope sólo pide que se perdone la vida a los suyos. Radamés intercede en favor de los cautivos, recordando al Rey el voto que ha hecho, y pidiendo la vida y libertad de los etíopes capturados. El Rey cede, a condición de que se tome en rehenes a Aida y su padre, añadiendo que Radamés recibirá en recompensa de sus servicios, la mano de la Princesa Amneris. Aida y Radamés se miran con desesperación. Amonasro declara, en secreto, que se vengará de sus vencedores, mientras que Amneris se deleita en su triunfo.

ACTO TERCERO

Una noche de luna a orillas del río Nilo. A un lado se ve la entrada del templo de Isis y al otro las resplandecientes aguas del río serpenteando en la distancia, entre palmeras y almeceas. Desde el templo llega el canto de los sacerdotes. Apa-

rece una lancha que conduce a Ramfis y a Amneris, los cuales desembarcan y entran en el templo, donde la primera ofrece rogativas para una boda feliz.

La orilla del río queda solitaria. Con la esperanza de que Radamés acuda a este lugar, entra Aida tapada con un velo. Sola, canta la dulce romanza "O patria mia", en la que expresa su profundo amor por su país natal, que no espera ver nunca más. Con muy pocas esperanzas de que su amante acuda a la cita, cuando Aida está a punto de partir, su padre la sale al encuentro, y habiéndose apercibido del amor que reina entre el vencedor y Aida dice a ésta que si quiere contemplar una vez más las bellezas de su lejana patria, debe forzosamente descubrir el punto por donde va a pasar el ejército de los enemigos. Sus soldados están impacientes—continúa Amonasro—por dar el golpe definitivo y asegurar su venganza por la última derrota. Sólo se necesita la ayuda de Aida para obtener la victoria. Con el amor de Radamés por la joven y el amor de ésta por su patria, se sabrá el secreto. "¿Qué es lo que me pides?" pregunta Aida indignada. "¡No, no!" Amonasro cambia la súplica por el mandato y ordena a su hija que obtenga el secreto de Radamés. Aida se niega a traicionar a su amante, y entonces su padre, enfurecido, le dice que ya no es una princesa etíope, sino una esclava de los Faraones.

Aterrorizada por las maldiciones y las amenazas de su padre, accede Aida a traicionar a Radamés. Amonasro, al oír que éste se aproxima, se oculta tras unas palmeras. El joven guerrero egipcio canta a Aida su amor, pintándole un risueño porvenir para cuando haya vuelto triunfante de las batallas y obtenga el permiso del Rey para unirse a la mujer que ama.

Aida, menos confiada, le recuerda que Amneris está decidida a hacerlo su esposo, y sería terrible su venganza al verse repudiada. "El único camino que nos queda—dice Aida con intención—es huir juntos". Radamés la escucha fascinado; más no se decide a abandonar su patria. Entonces Aida, ofendida por la negativa de su amante, le dice que la abandone si ya no la ama. "¡Oh, no, huiéremos entonces!" exclama él con pasión, vencido por el exaltado fervor que le ha inspirado Aida y deslumbrado por su fascinadora belleza y por la fuerza misteriosa de la noche—"Sí, huyamos de estos odiados muros", repite

Radamés con exaltación en este dúo, que es, sin duda, una de las más maravillosas páginas de Verdi.

Cantando el amor que ha de guiar sus pasos por la senda deteniéndose. "¿Por qué camino evitaremos encontrarnos con los soldados?" "Por las gorjas del Nápata iremos—contesta Rala felicidad, se disponen a huir. "Pero, espera", dice Aida de Radamés—. Desde esa senda hemos escogido atacar a los etíopes. Por eso estará libre de soldados hasta mañana". Sale Amonasro de su escondite, y entonces Radamés comprende, demasiado tarde, que su amor le ha hecho revelar los planes del ejército. Desconcertado, no sabe qué hacer, y Amneris, que con el Gran Jerarca sale del templo, con un grito desdenoso de "¡Traidor!" llama a los sacerdotes. En la confusión Radamés hace que Aida y Amonasro huyan, y después se entrega a los guardias, que lo prenden para llevarlo a sufrir la vergüenza de un juicio por traidor.

ACTO CUARTO

PRIMER CUADRO

La primera escena de este acto representa el aposento de Amneris, con una puerta que conduce a la celda de Radamés. La Princesa da orden de que lleven al prisionero ante su presencia. Le ofrece la vida si renuncia al amor de Aida. Radamés rechaza con desdén las proposiciones de Amneris, diciendo que prefiere morir antes de ser falso a su idolatrada Aida. Vuelven los guardias y se lo llevan al calabozo.

SEGUNDO CUADRO

Esta escena representa una sala del palacio del Rey, con una puerta que conduce a la sala subterránea, donde se halla reunido el tribunal que va a juzgar a Radamés. Todo demuestra con qué prontitud se procede al castigo del desgraciado. Amneris se queda sola. Radamés y los jueces se hallan debajo.

Amneris está dominada por una exaltación indescriptible, andando desesperada de un lado a otro. Se oyen distintamente las voces de los acusadores de Radamés. Amneris se arrepie-

te, aunque tarde, de la acción que acaba de cometer. Oye al Gran Jerarca que por tres veces acusa a Radamés de ser pérfido y falso. Durante estas tres acusaciones permanece ella en silencio, y por tres veces los sacerdotes lo denuncian como traidor a su patria. Al cabo de un rato salen de la gruta, y cruzan la sala. Radamés no está con ellos. Amneris, impulsada por otras emociones, los ataca con furia. Los sacerdotes se van con toda calma, declarando que nada pueden hacer para salvar a Radamés.

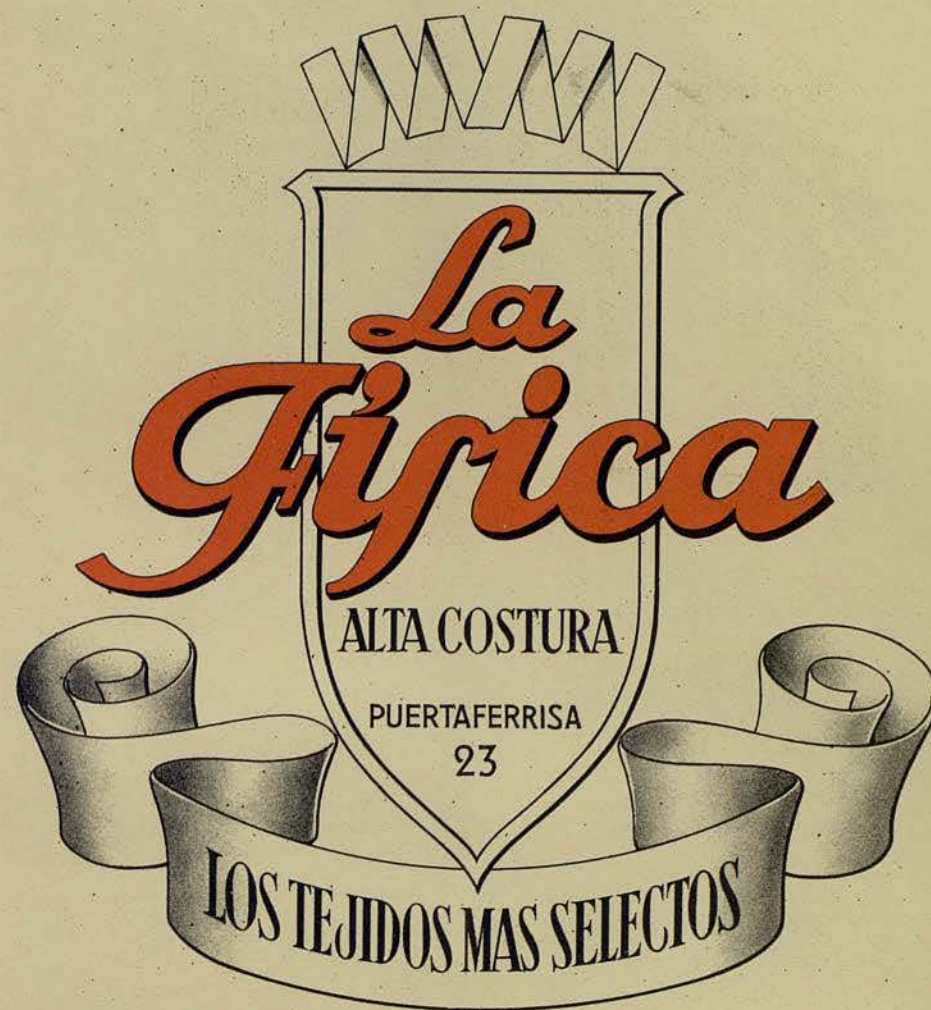
TERCER CUADRO

La última escena de este acto es el punto culminante de la ópera. Hay en escena dos pisos; el de abajo representa el calabozo obscuro donde Radamés se halla encerrado, condenado a morir de hambre poco a poco. En la parte de arriba, puede verse el resplandeciente templo de Ptah, donde los sacerdotes entonan sus cantos extraños y colocan la última piedra, que impedirá para siempre que la luz del día penetre en la bóveda subterránea que ocupa Radamés. El joven soldado se ha resignado a su muerte, y se halla envuelto en la más profunda obscuridad. De repente, sin embargo, oye que una voz conocida pronuncia su nombre. Se vuelve, y en la obscuridad abraza a su dulce Aida.

Habiéndose enterado ésta del peligro que corría su amante, resolvió, en un arranque de pasión profunda, morir en su compañía. Para probar su amor, se esconde secretamente en la bóveda subterránea, a fin de expirar amorosamente al lado de Radamés.

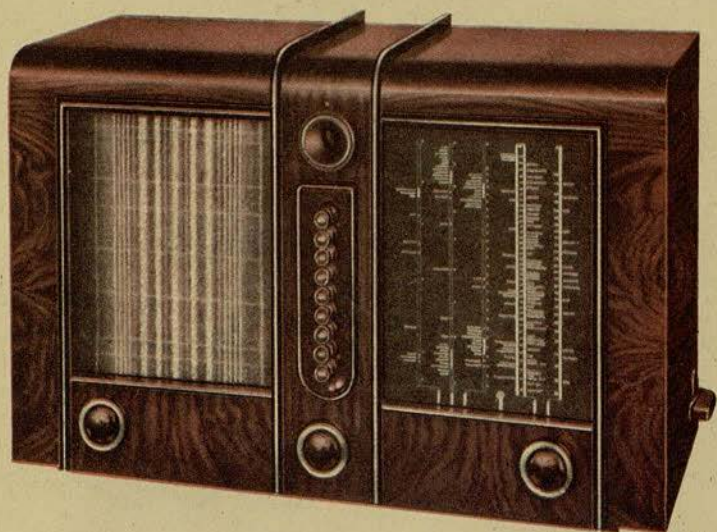
El último dúo de los amantes es por todos conceptos digno de esta grandiosa ópera. Sus últimas melodías se confunden con los cantos de los sacerdotes que están encima en el templo. Contemplando ante ellos visiones de felicidad eterna, que en sus últimas horas de tortura les sirven de consuelo y les infunden el ánimo y la entereza necesarios para hacer frente a su triste fin, los dos amantes se despiden del mundo confundidos en un dulce y tierno abrazo de amor.

T. G. Irández - Valencia, 214 - Tel. 71872



R A D I O S

VENTA SOLO A PARTICULARES



LE OFRECE LOS
MEJORES RADIOS DEL MUNDO
DE TODAS LAS MARCAS

SOLO APARATOS DE GRAN CATEGORIA

V E R G N E

MAYOR DE GRACIA (Salmerón) 132 - BARCELONA

CAMBIAMOS SU APARATO
POR UN ULTIMO MODELO

42080-4

UAB

Universitat Autònoma de Barcelona